HEROIDA VIGESIMAPRIMA.

ARGUMENTO.

Cídipe, en su contestacion á Aconcio, desbarata sus argumentos, fundados en el juramento hecho por ella; describe su viage á Delos, invoca á Diana, á quien atribuye su enfermedad, sin embargo de su inocencia; satisface á los zelos de Aconcio, y al fin confiesa que lo ama, diciéndole que se ha declarado á su madre, y que á él toca lo demas, pues aun en lo que ha confesado se ha excedido.

CÍDIPE

Á

ACONCIO.

Lleném̃e de temor, y de tu carta
Recorrí las palabras en silencio,
Para que no mi labio ante los dioses
Otra vez se obligase sin saberlo.

Juzgára que otra vez me engañarias
Si ya tu labio no dijese ingénuo,
Serte bastante que una vez el mio
Hiciese de ser tuya ofrecimiento.

Iba acaso á no leer, mas pensé al punto,
Que á haberte continuado mis desprecios,
Se hubiera de la diosa vengativa
Aumentado el cruel resentimiento.

Aunque por aplacarla nada omita,
Aunque queme en sus aras grato incienso
Ella, no obstante, mas de lo que es justo
Favorece propicia tus intentos.

Y, segun anhelaste ser creido,
En su memoria mi jurar teniendo,
De modo en mí te venga, que aun apenas
A su Hipólito amó con tanto estremo.

Mas siendo virgen Delia deberia
De quien tambien es virgen á su ejemplo
Favorecer los dias, que acortarme
Quiere tal vez; cual ya me lo sospecho.

Pues la fiebre sin causa que aparezca
Aun no se aleja de mi débil cuerpo,
Que yace fatigado sin que alcancen
A darle algun alivio los remedios.

¿Cuán anhelante juzgas y sin fuerzas
Que te estoy estas líneas escribiendo?
Apenas sobre el codo reclinada
Lasos los miembros pálidos sostengo.

A tan ansioso afan se agrega el susto
De que alguno tal vez sobreviniendo,
Fuera de mi nodriza que los sabe,
Sorprenda nuestros íntimos secretos.

Al umbral de la puerta la nodriza
Sentada á cuantos ve que á mi aposento
A preguntar de mi salud se acercan
Impide entrar, diciéndoles que duermo.

Luego cuando ya el sueño pretestado,
Oportuna disculpa á tanto encierro,
Con duracion tan dilatada deja
De ser un verosimil fundamento;

Si ve venir á alguno, á quien no pueda
Impedir se adelante hácia aquí dentro,
Tose, y con esta seña prevenida
Me avisa al disimulo de aquel riesgo.

Cual me coje, asustada me apresuro,
Y el escribir dejándome incompleto,
Escondo cauta la imperfecta carta
En el turbado palpitante seno.

Luego con el asunto comenzado
Torno otra vez á fatigar los dedos.
Ya ves cuantos afanes y zozobras
Por escribirte mísera tolero.

Y hablando la verdad, si de esta carta
Eras tú digno múerame yo luego;
Pero indulgente soy mas que debiera,
Y mas que tú pudieras merecerlo.

¿Luego yo, si ha de creerse lo que afirmas,
Incierta de mi vida padeciendo,
He pagado por tí y aun pago ahora
Las penas que merecen tus enredos?

¿Este de mi hermosura decantada,
Que tú tanto ponderas lisongero,
El premio viene á ser? ¿asi me daña
El haber agradado sin quererlo?

Si (lo que mas quisiera) mi semblante
Te hubiera parecido torpe y feo,
Ningun socorro menester hubiera
Mi deforme persona por lo menos.

Soy alabada ahora, pero gimo,
Y ahora me perdeis con ese vuestro
Litigio en que altercais los dos rivales,
Y porque hermosa soy sufro y padezco.

Y mientras tú no cedes, ni se quiere
Juzgar segundo el otro en este pleito,
Tú estorbas á los suyos, y el contrario
Estorba mutuamente tus deseos.

Yo en tanto, cual espuesta navecilla
Que en alta mar impele aquilon recio,
Agitada me miro, y en las ondas,
Y entre la tempestad no hallo sosiego.

Y cada vez que llega el triste dia
En que ha de celebrarse este himeneo
Ansiado de mis padres, tambien llega
El ardor de la fiebre mas violento.

De modo ¡ay infeliz! que al tiempo mismo
De este enlace á mis ansias tan funesto,
Anunciando la muerte Proserpina,
Llama á mis puertas con su duro cetro.

Avergüénzome ya; y aunque no sepa
Haberlo merecido, estoy temiendo
Merecedora parecer á todos
De tener á los dioses tan adversos.

Sostienen unos ser sin otra causa
Pura casualidad tan triste evento;
Afirman otros que el rival que tienes
A las sacras deidades no es acepto.

Ni de la fama acusadora acaso
Estar libre, ó Aconcio, estés creyendo,
Que no falta entre tantos quien opine
Que por hechizos tuyos es todo esto.

La causa á la verdad está escondida,
Mas no mis males harto manifiestos,
Y mientras que la guerra entre vosotros
Haceis en paz, yo sufro sus efectos.

Mas quiero preguntarte y que me digas,
(Y engáñame, cual ya sueles hacerlo)
¿Qué causarás con odio si aborreces,
Si causas con amor tales tormentos?

Si á quien amas ofendes, menos graves
Serán á un enemigo tus afectos,
Y así para alcanzar que no me enfermes,
Que mal me quieras suplicarte quiero.

Mas ya mirando estoy, que no te ocupa
Ningun cuidado de tu amada, puesto
Que sufres inhumano que padezca
Tan dura enfermedad sin merecerlo;

O que en vano á la rígida Diana
Por mi salud imploran tus anhelos:
Y entonces, ¿de qué vano te glorias?
Ningun favor, Aconcio, te merezco.

Elige entre estas cosas: ó no puedes,
O aplacarla no quieres con tus ruegos:
Si no puedes, la diosa te ha olvidado;
Si no quieres, me olvidas en no hacerlo.

¡Oh! ¡si á Delos no hubiera conocido,
Navegando las ondas del Egeo!
¡O ya que no escusara el conocerla
En otro tiempo la mirára al menos!

En hora aciaga á navegar los mares
Abandonó la nave el dulce puerto,
Y en hora aciaga por las verdes ondas
Prosiguió triste el mísero sendero.

¿Con qué planta ¡infeliz! osé moverme?
¿Con cuál salirme del hogar paterno?
¿Y con cuál finalmente pisé incauta
De la pintada nave el pavimento?

Dos veces ¡ay! las velas impelidas
Por el viento contrario, se volvieron;
¡Necia de mí! que no era, no, contrario,
Que él era solo el favorable y bueno.

El era el favorable, pues queria
Próvido precisarnos á volvernos,
Y estorbar un camino desdichado,
Que ha sido á mi reposo tan funesto.

¡Ojalá que mas firme hubiera sido
En oponerse de la nave al vuelo!
Mas ¡ay! que no es cordura formar queja
De tan mudable y frágil elemento.

Ansiaba ver á Delos excitada
Con la celebridad de sus portentos,
Y se me figuraba en la partida
Ser nuestro barco perezoso y lento.

Mil y mil veces por sobrado tardos
La lentitud maldije de los remos,
Y me quejé mil veces de que fuera
El número de velas tan pequeño.

Y ya las islas de Andros y Miconos,
Y ya pasado habia la de Tenos,
Cuando á mis ojos ávidos y alegres
La hermosa Delos se ofreció á lo lejos.

Apenas la miré, y alborozada
„¿Por qué de mí, la dije, vas huyendo?
„¿Errante por ventura vas ahora,
„Cual algun dia por el mar inmenso?"

Desembarquéme en fin cuando ya el dia
Enviando los rayos postrimeros,
Del radiante carro los bridones
Queria desuncir el rubio Febo.

Los que de nuevo uncidos, al instante
Que por el rojo oriente aparecieron,
Ornáronse mis trenzas obedientes
De mi afanosa madre á los preceptos.

Ella misma las joyas en mis manos
Distribuyó, y el oro en mis cabellos,
Y ella misma tambien sobre mis hombros
La veste acomodó con grato esmero.

Salimos, y á los dioses venerando
A quienes consagrada estaba Delos,
Olorosos inciensos ofrecimos
Y vino ante las aras del gran templo.

Y mientras que mi madre los altares
Con la votiva sangre iba tiñendo,
Y las entrañas sacras ofrecia
Devota en los flamígeros braseros;

Presurosa á otros templos la nodriza
Me condujo, y entrando á todos ellos
Errantes y curiosas anduvimos
Por los sitios sagrados con pie incierto.

Y ora admiro los dones de los reyes,
Ora los anchos pórticos paseo,
Y ora contemplo absorta las efigies,
Que colocadas por do quiera advierto.

Admiro el ara que de córneas astas
Formada está, y del tronco del palmero,
Do apoyada Latona, de Diana
Y de Apolo dió á luz el dulce peso.

Y admiro en fin cuanto admirable tiene
La celebrada Delos en su centro,
Pues ni me agrada referirlo todo,
Ni de todo lo célebre me acuerdo.

Tal vez, ó Aconcio, mientras yo veia
Estos prodigios, tú tambien atento
Me mirabas, hallando que era fácil
Engañar un candor tan inexperto.

Luego al templo sublime de Diana
Por las gradas magníficas me vuelvo,
¿Y cuál lugar por cierto deberia
Hallarse de asechanzas mas exento?

*

Llegar miro á mis pies una manzana,
Con estos breves engañosos versos....
¡Ay incauta de mí! ¡qué inadvertida
Ser tu esposa á jurar iba de nuevo!

Alzóla mi nodriza y admirada
Mira me dijo, dándomela presto,
Y entonces ¡ó poeta cauteloso!
Incauta tus insidias fui leyendo.

Apenas pronuncié de esposa el nombre
Cuando confusa de vergüenza, siento
Que mis megillas al instante mismo
De rubor encarnado se cubrieron.

Bajé al punto los ojos que confusos
Clavados se quedaron en mi seno;
Los ojos ¡ay! que por mi mal, ministros
De tus intentos cautelosos fueron.

¿De qué te regocijas, ó qué gloria
Has podido adquirir, hombre perverso?
¿Qué alabanza consigues engañando
De una doncella el inocente pecho?

No iba yo defendida del escudo,
Ni empuñaba mi diestra el corvo acero
Cual en un tiempo impávida guerrera
Pantasilea en el troyano duelo.

Ningun broquel por cierto codiciable
Con el oro amazonio á cincel hecho,
Cual Alcides de Hipólita valiente
En esta lid tus armas adquirieron.

¿De qué pues, inhumano te glorias,
Si me engañaron tus traidores metros,
Y si tus malas fraudes á una jóven
Sencilla y descuidada sorprendieron?

A Cídipe ha engañado una manzana,
Y otra á Atalanta ya engañó primero;
Si yo he sido Atalanta inadvertida,
Tú otro Hipomenes eres fraudulento.

Fuera empero mejor (si el niño alado,
Que no sé yo qué antorcha lleva ardiendo,
Ha llegado á abrasar, cual me refieres,
Tu amante corazon en vivo fuego)

No viciar con engaños la esperanza,
Mas buscarla con nobles sentimientos,
Que no debí por tí ser engañada,
Sino adquirida con amor sincero.

¿Por qué valer no hiciste, si me amabas,
Tus riquezas, tu amor, tu nacimiento,
Y semejantes prendas, por las cuales
Yo misma te anhelára por mi dueño?

¿Por qué mas bien quisiste violentarme
Que no ganarme como amante tierno,
Si sabiendo quien eras, insensible
No me hubiera mostrado á tu ardimiento?

¿De un juramento, dí, de qué te sirve
La fórmula no mas y estéril eco?
¿Qué te aprovecha en fin que ante Diana
Mi lengua articulase esos acentos?

Con la mente se jura, mas la mia
No tuvo parte en mi jurar, por cierto;
Y ella sola consigue á las palabras
Crédito dar, pues es el fundamento.

Del alma libre jura la prudente
Advertencia, y el próvido consejo;
Del alma sin los vínculos, no tienen
Ningunos otros vínculos efecto.

Si yo pues de esta clásica manera
Te pude prometer mi casamiento,
Bien puedes exigir y reclamarme
Del prometido enlace los derechos.

Mas si no pronuncié sino sonidos
Con quienes el querer no era de acuerdo,
En vano alegas fútiles palabras
Que de valor y fuerza carecieron.

No juré yo en verdad; leyó mi labio
La fórmula legal de un juramento:
Ni hubiera de elejirte para esposo
De un modo tan inútil é imperfecto.

A otras engaña así, y á las manzanas
Sigan las cartas; fácil es el medio:
Y si esto vale, sin demora puedes
Sus riquezas quitar al opulento.

Haz igualmente que los reyes jurem
El dominio cederte de sus reinos,
Y finalmente, Aconcio, tuyo sea
Cuanto te agrade en todo el universo.

Y si hay tanta virtud en lo que escribes,
Si tanto es de tus cartas el imperio,
A la misma Diana, no lo dudes
Superas, con tus mágicos decretos.

Mas aunque tanto he dicho, aunque en ser tu- (ya
Por haberlo jurado, no convengo,
Y aunque mi causa en fin he defendido
Con tan claros y firmes argumentos;

Confieso que no obstante de la diosa
Aun los enojos y las iras temo,
Sospechando que solo de mis males
Es el origen su rigor severo.

Porque si no es así ¿de dónde viene
Que cuantas veces el nupcial apresto
Se dispone, otras tantas de la esposa
Yacen ¡ay triste! lánguidos los miembros?

Tres veces Himeneo, ya mis pasos
A las dispuestas aras dirigiendo,
Huyó veloz, volviendo las espaldas
Del prevenido tálamo al aspecto.

La mano ya cansada apenas puede
Las hachas que cien veces se encendieron
Otra vez avivar, pues ya rehuyen
Recibir de la llama el brillo terso.

Mil veces de mis trenzas coronadas
Estilan odoríferos ungüentos,
Y mil veces espléndido el ropage
En púrpura teñido toca al suelo.

Mas cuando llega el Himeneo y mira
Correr mis tristes lágrimas y el miedo
Que me acongoja de la muerte, y todo
Mi estado de su pompa tan ageno,

Arranca de su frente entristecida
La corona, arrojándola con ceño,
Y el abundante y oloroso aroma
Quita enojado del ungido pelo.

Ni quiere avergonzado, él solamente
Do todos están tristes, estar ledo,
Pasándose á su rostro en aquel punto
La grana de que el manto va cubierto.

Entre tanto ¡ay de mí! la fiebre ardiente
En mis venas derrama su veneno,
Y el ropage nupcial me pesa tanto
Que apenas con fatiga lo sostengo.

Rodeados de mí miro á mis padres
En dolorosas lágrimas deshechos,
Y de Himeneo la festiva antorcha
En hacha funeral trocada veo.

¡O bella cazadora! ¡O Diosa excelsa!
De mí te apiada en mi letal tormento,
Y dá á mi mal, usando de tu hermano
El arte salutífera, consuelo.

Fuérate vergonzoso que la vida
Me diese Apolo, mientras tú insistiend
En negarme tu ausilio, te llamases
La causadora de mi fin postrero.

¿Por ventura mis ojos imprudentes
Tu desnuda beldad osados vieron
Entre las sombras de la fuente donde
Bañándote hallar sueles tu recreo?

¿Por ventura hice yo, cual Meleagro,
De tus sacros altares poco aprecio?
¿O cual Niove despreció mi madre
De la bella Latona los gemelos?

Yo en nada te ofendí, sino en que incautos
Mis labios una fórmula leyeron
De un juramento, siendo en esas rimas
Infaustas para mí, sobrado expertos.

¡O Aconcio! tú tambien, si ya no mientes
Por mí un cariño que nombraste incendio,
Ruega por mi salud; así quien causa
El mal, cause tambien algun provecho.

¿Cómo sucede que la misma diosa
Que quiere verme tuya, y de no verlo
Muestra su enojo, con su enojo mismo
Que pueda yo ser tuya está impidiendo?

Todo esperarlo puedes si yo vivo,
Mas nada alcanzar puedes si yo muero;
¿Por qué pues tan cruel nos quita Delia
El esperar á tí, y á mí el aliento?

No, cual piensas, el triste á quien mi mano
Afanosos mis padres ofrecieron,
Con cariñosa mano halagar osa
De mi enferma persona el débil cuello.

El, es verdad, segun se le concede
En mi largo penar me asiste atento,
Mas no se olvida de que el lecho mio
Es de una virgen el asilo ileso.

Y si yo no me engaño ha sospechado
Alguna parte ya del amor nuestro,
Pues á veces, sin causa manifiesta,
En sus ojos las lágrimas sorprendo.

Aun ya con mas reserva que solia
Me manifiesta su amoroso exceso,
Y apenas osa ya llamarme suya
Con labio temeroso y mas modesto.

¿Mas qué mucho que lo haya conocido
Viendo signos en mí tan descubiertos?
Cuando él se acerca á mí por algun lado,
Yo me vuelvo del otro con despego.

Estoime sin hablar y dormir finjo,
Mis ojos con las ropas encubriendo,
Y si á tocar mis manos se aventura
Yo rechazo las suyas al momento.

Gime, y del pecho silencioso exhala
Sin cesar mil suspiros lastimeros,
Y aunque no lo merezca, muchas veces
Enojada sin causa me le muestro.

¡Ay mísera de mí, que tú te alegras,
Y hallas en mi conducta tu contento!
Y ¡ay mísera otra vez, que poco cauta
Mi secreta pasion te he descubierto!

Cuando tú que mil lazos me ponias,
(Si te lo he de decir como lo siento)
Eras mas digno del enojo mio,
Que no de la blandura que demuestro.

Me escribes que mirarme y asistirme
En mi dolencia te permita: necio,
¿Te lo he de permitir, cuando aun distante
Me ocasionas mil daños y desvelos?

Admiraba en verdad, mas ya no admiro
Por qué de Aconcio el nombre te pusieron,
Puesto que eres agudo cual saeta
Que sabe hacer heridas aun de lejos.

Y aun de tales heridas, duro Aconcio,
Llagado el corazon, no convalezco,
Que cual un dardo tu amorosa carta
Mi pecho traspasó de medio á medio.

Insistes en venir ¿y á qué vendrias?
¿A contemplar tal vez bárbaro y fiero
En mi cuerpo doliente y miserable
Los duplicados triunfos de tu ingenio?

Rendida estoy de languidez; huyera
De mi rostro la púrpura, y entiendo
Que en palidez, segun me acuerdo ahora,
A la manzana tuya me parezco.

No ya en mi cara luce cual solia
En el candor el rojo sobrepuesto,
Y estoy tan sin color, que á alguna estatua
De nuevo marmol hecha, me asemejo.

Tal suele aparecer en los convites
El pálido color del vaso argénteo,
Cuando del agua gélida al contacto
De blanca amarillez se va cubriendo.

Si me vieses ahora, negarias
Haberme visto en el primer encuentro,
Y *esta jóven*, dirias, *no merece*
Que en buscarla se ocupe mi talento.

Y porque ya contigo no me uniera
La fe me devolvieras que te debo,
Y arrepentido en fin anhelarias
Que jamás Delia se acordase de ello.

Aun tal vez tu cautela me enviara
Para que los leyese otros conceptos,
Haciendo que jurase lo contrario
De lo que ya otra vez jurado tengo.

Con todo, yo quisiera que me vieses
Conforme tus instancias lo pidieron,
Para que de tu esposa conocieras
El lánguido existir de angustias lleno.

Que aun teniendo, ó Aconcio, como tienes
Mas duro el corazon que el mismo fierro,
Para mí y en mi nombre implorarias
El favor de los númenes supremos.

Mas para que no ignores el ausilio
Con que convalecer acaso puedo,
Sabrás que á consultar por causa mia
De Delfos al oráculo acudieron.

Apolo, cual testigo, se lamenta
De que *cierta doncella*, á lo que creo,
Segun publican voces de la fama,
Ve la fe que juró con menosprecio.

Esto dicen los versos, esto Aconcio,
Y esto dice el oráculo de Delfos;
De modo ¡ay infelice! que ya todo
En tu favor y contra mí se ha vuelto.

¿De dónde á tí los dioses tan propicios,
Si no es que halló tu astucia algun invento
Para que á ellos tambien logren tus letras
Sorprender cual á mí me sorprendieron?

Mas pues tú de tu parte ya los tienes,
Yo tambien á su númen obedezco,
Y atadas y vencidas ambas manos
Sin repugnancia á tu querer entrego.

Ya confesé á mi madre, cual me pides,
De mi engañada lengua el fácil yerro,
Teniendo en tanto fijos en la tierra
Los tristes ojos de rubor cubiertos.

Debe ser lo demas cuidado tuyo,
Y aun el haber osado cuanto pienso
En esta carta descubrirte, ha sido
Exceder los deberes de mi sexo.

Mas con haber escrito en demasia
He fatigado los dolientes dedos,
Y ya la enferma mano se resiste
A prestar sus oficios escribiendo.

A mas de unirme á tí con santo ñudo,
Cual ya inspirada del amor lo espero,
Resta solo acabar mi larga carta
Diciéndote por fin: *guárdete el cielo.*

ÍNDICE MITOLÓGICO.

ACIDALIA, nombre que se daba á Venus como que ocasiona los cuidados é inquietudes.

AGAMENON, dicho Atrida por ser nieto de Atreo: era rey de Argos y Micenas, y fue elegido gefe en la espedicion contra Troya. Chocado con Aquiles en aquel sitio, le quitó á su prisionera Briseida. Incendiada Troya, se volvió á Grecia donde fue asesinado por Egisto, que se casó con su infiel esposa Clitemnestra.

ALCIDES, nombre que se da á Hércules por nieto de Alcea.

ALCIONE, hija de Eolo, inconsolable por el naufragio de su esposo Ceix, fue convertida en alcion, ave marina.

ALEJANDRO, nombre de Páris, que viene de *ausiliar.*

ANDROGEO, hijo de Minos, á quien dieron muerte algunos atenienses: su padre en venganza les hizo guerra, y vencidos, los obligó al tributo de catorce jóvenes cada año, para que los devorára el Minotauro, monstruo que estaba en el laberinto de Creta.

ANDROMACA, esposa de Hector, hijo de Priamo, rey de Troya.

APOLO, hijo de Júpiter y Latona, que tambien se llama Febo y Cintio, gefe de las nueve musas, con quienes habitaba en el monte Par-